

## XLII.

ZULESTEIN ENVIADO Á LONDRES EN REEMPLAZO  
DE DYKVELT.

La misión de Dykvelt había producido tan buen resultado, que pronto se halló pretexto para enviar un nuevo agente á continuar la obra comenzada con tan buenos auspicios. El nuevo enviado, fundador más adelante de una noble casa inglesa que duró hasta nuestros días, era primo hermano ilegítimo de Guillermo y derivaba su título del señorío de Zulestein. El parentesco que le unía á la casa de Orange contribuía á darle más importancia á los ojos del público. Era su porte de valiente soldado: verdad es que en talentos diplomáticos y saber era muy inferior á Dykvelt; pero aun esta inferioridad no dejaba de tener sus ventajas. Gracias á su aspecto de rudo militar que parecía no haberse ocupado nunca de política, podía, sin despertar la más leve sospecha, tener con la aristocracia inglesa trato frecuente, que de ser conocido como maestro en la ciencia del Estado, sería objeto de la más recelosa vigilancia. Zulestein tras breve ausencia regresó á su patria con multitud de cartas y mensajes verbales no menos importantes que los confiados á su predecesor. Desde entonces se estableció una correspondencia regular entre el Príncipe y la oposición. Agentes de distintos rangos iban y venían del Támesis al Haya, distinguiéndose por sus útiles servicios un escocés de algún talento y gran actividad llamado Johnstone. Era primo de Burnet é hijo de uno de los más eminentes covenantarios, quien al poco

tiempo de la vuelta de los Estuardos fuera condenado á muerte por traición, recibiendo de su partido honores de mártir.

## XLIII.

## AUMENTA LA ENEMISTAD ENTRE JACOBO Y GUILLERMO.

La enemistad entre el Rey de Inglaterra y el Príncipe de Orange era de día en día mayor. Habían llegado á disputar seriamente con motivo de los seis regimientos ingleses que estaban á sueldo de las Provincias Unidas. Deseaba el Rey entregar el mando de los regimientos á oficiales católicos, y como el Príncipe se opusiese resueltamente, el Rey había acudido á sus vulgaridades favoritas acerca de la tolerancia. Replicó el Príncipe que él no hacía sino seguir el ejemplo de S. M. Era notorio que en Inglaterra fueran privados de sus empleos súbditos leales y entendidos solamente por ser protestantes. Era, pues, justo á todas luces que en compensación, el Estatuder y los Estados Generales retirasen todo cargo de confianza de los católicos. De tal manera provocó esta respuesta la ira de Jacobo, que llegó á olvidar hasta la más trivial apariencia de veracidad y sentido común. Era falso, decía con gran vehemencia, que hubiera privado nunca á nadie de su empleo por causas religiosas; y aun cuando lo hubiera hecho, ¿qué importaba eso al Príncipe ó á los Estados Generales? ¿Por ventura eran ellos sus amos? ¿Iban á constituirse en jueces de la conducta de los soberanos extranjeros? Á partir de aquel momento deseó llamar á aquellos de sus súbditos que estaban al servicio de Holanda, imaginando

que al hacerlos regresar á Inglaterra, al mismo tiempo que aumentaba sus fuerzas, disminuía las de sus peores enemigos. Pero había dificultades financieras que no podía pasar por alto. El número de tropas á su servicio era ya tan grande, que apenas si la Hacienda pública, mucho mayor que en todas las épocas anteriores y administrada con gran economía, bastaba á sostenerlas. Si ahora se agregaban al ejército existente los batallones de Holanda, el Tesoro tendría que declararse en bancarrota. Tal vez Luis XIV se inclinase á tomarlos á su servicio; en ese caso serían trasladados de un país donde se hallaban expuestos á la corruptora influencia de un gobierno republicano y del culto calvinista, para ir á habitar una nación donde nadie se atrevía á discutir las órdenes del soberano ó las doctrinas de la verdadera Iglesia. Pronto olvidarían los soldados toda herejía política y religiosa; su señor natural podría siempre, en muy breve plazo, obtener su ayuda, y en cualquier circunstancia podría confiar en su fidelidad.

Abrióse con tal objeto una negociación entre Whitehall y Versalles. Luis XIV tenía cuantos soldados pudiera necesitar, y aun cuando así no fuese, no se decidiría á tomar Ingleses á su servicio, porque los sueldos del ejército inglés en aquella época, por más que en nuestros días parezcan mezquinos, eran mucho más crecidos que los de Francia. Al mismo tiempo, llevábase como principal mira privar á Guillermo de tan brillante división. Después de algunas semanas de correspondencia, Barillon fué autorizado para prometer que si Jacobo quería retirar las tropas inglesas de Holanda, Luis XIV se encargaba de sostener dos mil soldados en Inglaterra. Este ofrecimiento fué aceptado por Jacobo con las más calurosas protestas de gratitud. Terminados estos arreglos, solicitó el Rey de los Esta-

dos Generales el envío de los seis regimientos. Los Estados Generales, donde la influencia de Guillermo era omnímoda, contestaron que tal petición en las actuales circunstancias no estaba autorizada por los tratados existentes, negándose positivamente á acceder á los deseos del Rey. Es circunstancia digna de nota que Amsterdam, que se había opuesto al envío de estas tropas cuando Jacobo necesitó su ayuda contra los insurgentes del Oeste, mostrábase ahora vehementemente partidaria del envío solicitado por el Rey. En ambas ocasiones, el único objeto de los magistrados de aquella gran ciudad había sido oponerse á los deseos del Príncipe de Orange (1).

## XLIV.

## INFLUENCIA DE LA PRENSA HOLANDESA..

Las armas de Holanda, sin embargo, apenas eran tan formidables para Jacobo como la prensa holandesa. Diariamente se imprimían en el Haya libros y folletos en inglés contra su gobierno, y no podía la más diligente vigilancia impedir que circularan á millares en los condados del litoral del mar del Norte. Entre estas publicaciones una llamó especialmente la atención por su importancia y por el inmenso efecto

(1) Sunderland á Guillermo, agosto 24, 1686; Guillermo á Sunderland, setiembre 2 (12), 1686; Barillon, mayo 6 (16), mayo 26 (junio 5), octubre 3 (13), noviembre 28 (diciembre 8), 1687; Luis XIV á Barillon, octubre 14 (24), 1687; Memorial de Albeville, diciembre 15 (25), 1687; Jacobo á Guillermo, enero 17, febrero 16, marzo 2 y 13, 1688, *Avaux, Negociaciones*, marzo 1 (11), 6 (16), 8 (18) y 22 (abril 1.º), 1688.

que produjo. Cuantos seguían con atención la marcha de los negocios públicos, estaban al corriente de la opinión sustentada por los Príncipes de Orange respecto á la *Indulgencia*. Mas como no se había publicado oficialmente aquella opinión, multitud de personas que no podían informarse particularmente de los sucesos en buenas fuentes, habían sido engañadas, ó al menos les hacía dudar, la confianza con que los partidarios de la Corte afirmaban que Sus Altezas habían dado su aprobación á los últimos actos del Rey. Si la intención de Guillermo hubiera sido afianzar sus intereses en Inglaterra, lo más natural y sencillo hubiera sido desmentir públicamente tales aserciones; pero á sus ojos era Inglaterra principalmente instrumento necesario para la ejecución de sus grandes planes de política europea. Para la realización de sus designios esperaba alcanzar la ayuda de las dos ramas de la Casa de Austria, de los Príncipes italianos y hasta del Sumo Pontífice. Era, pues, de temer que si hacía alguna declaración favorable á los protestantes ingleses, no podría menos de excitar desconfianza y disgusto en las Cortes de Madrid, Viena, Turín y Roma. Por esta razón se abstuvo el Príncipe largo tiempo de manifestar públicamente sus opiniones. Por fin, hiciéronle presente que tan continuado silencio había inspirado gran inquietud y desconfianza á todos sus amigos, y que era ya tiempo de hablar claro. Obedeciendo, pues, á tales razones determinó explicarse.

## XLV.

## CORRESPONDENCIA DE STEWART CON FAGEL.

Algunos años antes un whig escocés llamado Jacobo Stewart se había refugiado en Holanda huyendo de la tortura y de la horca, y había llegado á ser íntimo amigo del gran pensionario Fagel, el cual ocupaba lugar eminente en el favor y confianza del Estatuder. Obra de Stewart había sido el violento y acerbo manifiesto publicado por Argyle. Cuando apareció la *Declaración de Indulgencia* juzgó Stewart que aquella era ocasión oportuna de alcanzar no sólo perdón, sino también recompensa. Ofreció, pues, sus servicios al Gobierno que antes había combatido. Aceptóse el ofrecimiento, y entonces dirigió á Fagel una carta que figuraba escrita de orden de Jacobo. Exhortábase allí al pensionario á hacer valer toda su influencia con los Príncipes á fin de inducirles á apoyar la política de su padre. Después de algún tiempo envió Fagel su respuesta, profundamente meditada y redactada con gran arte. Cuantos han estudiado tan notable documento no han podido menos de advertir que, no obstante estar redactado con el fin de tranquilizar y alentar á los protestantes ingleses, no contiene una sola palabra que pudiera parecer ofensiva ni aun en el Vaticano. Anunciaba que Guillermo y María contribuirían con placer á abolir toda ley que impusiese penalidad á los súbditos ingleses por sus opiniones religiosas. Pero establecía una distinción entre las penas y la incapacidad civil. Admitir los católicos en los empleos no hubiera sido, en opinión de SS. AA., ventajoso para los intereses

generales de Inglaterra, ni aun para los mismos católicos. Tradújose este manifiesto á varias lenguas y circuló con profusión en el Continente. De la versión inglesa, hecha con todo esmero por Burnet, lograron introducir unos cincuenta mil ejemplares en las provincias de Oriente, de donde con gran rapidez se extendieron por todo el reino. Ningún documento político ha alcanzado nunca triunfo tan completo. Los protestantes de nuestra Isla aplaudían la varonil firmeza con que declaraba Guillermo no poder confiar á los católicos la menor participación en el gobierno; y por otra parte, los Príncipes católicos elogiaban el blando y templado estilo en que expresaba su resolución, y se congratulaban con la esperanza de que bajo la administración de Guillermo ningún católico sería molestado por sus opiniones religiosas.

## XLVI.

## EMBAJADA DE CASTELMAINE Á ROMA.

Es probable que el mismo Pontífice fuese de los que leyeron con placer la célebre carta. Algunos meses antes había despedido á Castelmaine de una manera que mostraba poco respeto á los sentimientos de Jacobo. Inocencio reprobaba en absoluto la política interior y extranjera del Gobierno inglés. Veía que las injustas é impolíticas medidas de la cábala jesuítica antes contribuirían á perpetuar las leyes penales que á abolir la del *Test*. Su querrela con la Corte de Versalles hacía cada día más seria, y no podía ni como Príncipe temporal ni en su calidad de Sumo Pontífice, profesar amistad sincera á un vasallo de aquella Corte. Castelmaine no tenía condicio-

nes para hacer desaparecer estos disgustos, no obstante su conocimiento de la Corte de Roma y de estar muy al corriente, dado su carácter de laico, de las controversias teológicas (1). Pero faltábanle las aptitudes especiales que su puesto requería; y aun cuando hubiese sido habilísimo diplomático, había una circunstancia que le hubiera incapacitado para la misión especial que llevaba á Roma. Sabíase en toda Europa que estaba casado con la más desvergonzada de todas las mujeres, y no se le conocía más que por esto. No era posible tratarle ó hablar de él sin recordar cómo había adquirido hasta el título que llevaba. Esta circunstancia hubiera importado poco si se le hubiera enviado á cualquier Corte corrompida, como aquella en que recientemente había dominado la Duquesa de Montepan. Pero á nadie se ocultaba lo impropio de enviarle á una embajada de carácter religioso más bien que secular, donde iba á encontrarse con un Pontífice cuya austeridad recordaba los primeros tiempos de la Iglesia. Como era natural, esto excitó las burlas de los protestantes de toda Europa, é Inocencio, que ya no estaba muy bien dispuesto con respecto al Gobierno inglés, consideró como una afrenta el nuevo homenaje que á tan gran costa y con tanto peligro se tributaba á su autoridad. Habíase fijado el sueldo del Embajador en cien libras semanales. Castelmaine se quejaba de que era muy poco y de que apenas tendría bastante con tres veces aquella cantidad. Porque en Roma los Ministros de todas las grandes potencias continentales competían en lujo y esplendor, aventajándose mutuamente á los ojos de un pueblo á quien el hábito de ver edificios magníficos, soberbios decorados y fastuosas ceremonias había

(1) Adda, noviembre 9, (19), 1885.

hecho casi indiferente á tales espectáculos. Castelmaine declaró siempre que la embajada le había costado dinero. Acompañábanle algunos jóvenes de las mejores familias católicas de Inglaterra, de los Rateliff, Arundell y Tichborne. En Roma se alojó en el palacio Pamfili, al Mediodía de la soberbia plaza de Navona. Obtuvo muy pronto audiencia privada de Inocencio; pero la pública se dilató bastante tiempo. Los preparativos de Castelmaine para la gran ceremonia fueron tan suntuosos, que no obstante haberlos comenzado en el verano de 1686, en noviembre aun no habían concluído, y en aquella fecha el Papa pretextó un ataque de gota que fué causa de nuevo aplazamiento. Por fin en enero de 1687 verificóse la solemne presentación y homenaje, con pompa inusitada. Las carrozas, construídas en Roma para la ceremonia, eran tan suntuosas que se las consideró dignas de pasar á la posteridad, reproduciéndolas en hermosos grabados y siendo celebradas en varias lenguas por los poetas (1).

(1) El profesor de griego del Colegio de Propaganda Fide manifestó su admiración en algunos hexámetros y pentámetros detestables, de los que bastarán á dar idea los siguientes:

Ἦρωγερτον δὴ σκεψόμενος λαμπροτο δριαμβον,  
 Ὡκα μαλ' ἦρσεν καὶ διεν ὄχλις ἕπας  
 Θαναμαζονσα δὲ τὴν πομπὴν παγγούσεά τ' αὐτοῦ  
 Ἄρματα, τοὺς δ' ἕκκουος, τοῖαδε Ἦρωμη εφη.

Algo mejores son los versos latinos. Nahum Tate respondió en inglés:

«His glorious train and passing pomp to view,  
 A pomp that even to Rome itself was new,  
 Each age, each sex, the Latian turrets filled,  
 Each age and sex in tears of joy distilled.»

«Para ver desfilar su séquito glorioso y magnífica pompa, pompa que para la misma Roma era nueva, todos los sexos y edades llenaban los torreones latinos y cuantos allí había derramaban lágrimas de alegría.»

La fachada del palacio del Embajador ostentaba en aquel día absurdas composiciones alegóricas de tamaño gigantesco. Representábase allí á San Jorge, con el pie en el cuello de Tito Oates, y á Hércules con la maza aplastando á Colledge, el tapicero protestante, que en vano intentaba defenderse con su garrote de puño de plomo. Después de la procesión, Castelmaine invitó á todas las personas de cuenta que había entonces en Roma á un banquete en aquella alegre y espléndida galería adornada con pinturas de Peter y Cortona que representan asuntos tomados de la *Eneida*. La ciudad entera acudió á presenciar el espectáculo, y costó trabajo á una compañía de guardias suizos mantener el orden entre la concurrencia. Los nobles pontificios obsequiaron en cambio al Embajador con espléndidos banquetes, y poetas y escritores le tributaron á porfía á él y á su amo insípidas é hiperbólicas lisonjas, de las que siempre llegan á su mayor florecimiento cuando es más completa la decadencia del genio y del buen gusto. En primera fila entre los aduladores figuraba un testa coronada. Más de treinta años habían transcurrido desde que Cristina, hija del gran Gustavo, había descendido voluntariamente del trono de Suecia. Tras largos viajes, en el curso de los cuales había cometido multitud de crímenes y locuras, había fijado últimamente su residencia en Roma, donde pasaba el tiempo en hacer cálculos astrológicos y en intrigas con el Cónclave, divirtiéndose con pinturas, joyas, manuscritos y medallas. Compuso en la ocasión presente algunas *stanze* en italiano á honra del Príncipe inglés, el cual descendía como ella de una raza de reyes considerados como campeones de la Reforma, y que, como ella, se había reconciliado con la antigua Iglesia. Reunióse una brillante sociedad en su palacio: los

versos, puestos en música, se cantaron con aplauso universal, y uno de los literatos de su séquito pronunció una oración sobre el mismo asunto, empleando estilo tan florido, que disgustó á cuantos Ingleses había en el auditorio. Los jesuitas, enemigos del Papa, fieles á la causa de Francia y dispuestos á tributar á Jacobo toda suerte de homenajes, recibieron la embajada inglesa con la mayor pompa en aquel palacio digno de un soberano, donde se conservan los restos de Ignacio de Loyola guardados religiosamente entre oro y lapislázuli. La escultura, la pintura, la poesía y la elocuencia desplegaron á porfía sus galas para complimentar á los extranjeros; pero todas estas artes habían degenerado lastimosamente. Hízose también gran ostentación de impura latinidad, en estilo hinchado y pomposo que desdecía de Orden tan erudita, y algunas de las inscripciones que adornaban los muros tenían aún faltas más graves que su mal estilo. Decíase en una de ellas que Jacobo había enviado al cielo á su hermano como mensajero, y en otra que á Jacobo se debían las alas con que su hermano se había remontado á las alturas. Había aún otro dístico más infortunado que por entonces apenas llamó la atención, si bien pocos meses después se citaba, interpretándolo maliciosamente. «*¡Oh Rey! decía el poeta, cesar de suspirar por un hijo. Si la naturaleza se niega á satisfacer tu deseo, las estrellas encontrarán medio de realizarlo.*»

En medio de todas estas fiestas, Castelmaine hubo de sufrir crueles mortificaciones y humillaciones. El Papa le trataba con marcada frialdad y reserva. Cuantas veces el Embajador solicitaba respuesta á la petición de que venía encargado en favor del P. Petre, Inocencio se sentía acometido de un violento ataque de tos que ponía término á la conversación. Pronto cundió por toda Roma la fama de tan singulares au-

diencias. Los pasquines empezaron á hablar dei asunto. Toda la población murmuradora y curiosa de la más desocupada de todas las ciudades, á excepción tan sólo de los jesuitas y de los prelados del partido francés, se reían de las gestiones de Castelmaine. Su carácter naturalmente irritable llegó entonces á la más violenta exasperación, é hizo circular una Memoria sobre la conducta del Papa. Esto era evidentemente una gran torpeza. El sagaz italiano, una vez conseguida la ventaja, tuvo buen cuidado de conservarla. Declaró positivamente no estar dispuesto á infringir en favor del P. Petre la regla que excluía á los jesuitas de todos los empleos eclesiásticos. Castelmaine, no pudiendo contener su ira, amenazó con irse de Roma. Inocencio replicó con suave ironía, tanto más irritante cuanto que iba disfrazada con la apariencia de la ingenuidad, que S. E. podía irse si tal era su gusto. «*Pero si hemos de perderos, añadió el venerable Pontífice, espero que miréis por vuestra salud. Los Ingleses no saben cuán peligroso es en este país viajar durante las horas de calor. Lo mejor es partir antes del alba y descansar luego á mediodía.*» Con tan saludable aviso y una ristra de rosarios, fué despedido el infortunado embajador. Algunos meses después apareció en italiano y en inglés una pomposa historia de la embajada, magníficamente impresa, en folio, é ilustrada con láminas. En la portada, con gran escándalo de todos los protestantes, estaba representado Castelmaine vistiendo el manto de par, con su corona de conde en la mano, besándole la sandalia á Inocencio (1).

(1) *Correspondencia de Jacobo con Inocencio*, en el Museo Británico; Burnet, 1, 703-705; *Memorias de Welwood*; *Commons' Journals*, octubre, 23, 1689. *Relación de la embajada de S. E. el Conde de Castelmaine*, por Miguel Wright, mayordomo mayor de la casa de S. E. en Roma, 1688.

# ÍNDICE.

---

## CAPÍTULO V.

### Rebelión del Duque de Monmouth.

	Págs.
I. Los whigs refugiados en el continente....	2
II. Sus amigos en Inglaterra.....	4
III. Descripción de los refugiados de más nota. Ayloff, Wade.....	6
IV. Ricardo Goodenough y Rumbold.....	7
V. Lord Grey.....	9
VI. El Duque de Monmouth.....	11
VII. Roberto Ferguson. ....	13
VIII. Los emigrados escoceses.—El Conde de Argyle.....	19
IX. Sir Patricio Hume.— Sir Juan Cochrane. —Fletcher de Saltoun.....	23
X. Conducta de los emigrados escoceses ....	25
XI. Tentativas de sublevación en Inglaterra y Escocia .....	27
XII. Juan Locke .....	30
XIII. Preparativos del Gobierno para atender á la defensa de Escocia.— Conferencia de Jacobo con los embajadores holan- deses.....	32